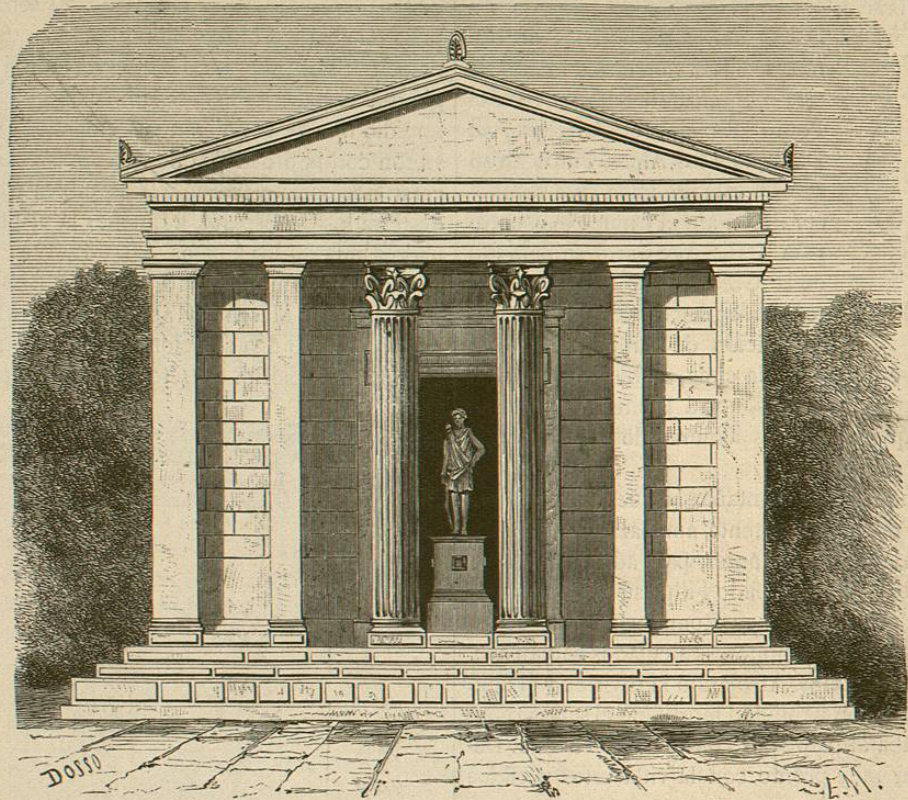


raba sus cenizas. «Así como, según se dice, aman las madres más á sus últimos hijos habidos en edad avanzada, la Grecia, que había engendrado á Filopémenes en su vejez y después de todos los personajes que había engendrado, lo amó con singular amor y lo llamó el último de sus hijos» (1).

Igualmente pereció Aníbal de mano de Roma. Abandonado por Antíoco, después de la jornada de Magnesia, se retiró á Creta y de allí á la Armenia, de donde Prusias lo llamó para que le ayudara con sus talentos contra Eumenes. Aníbal batió al rey de Pérgamo; pero sus victorias resonaron en Roma, y muy luego vió llegar á Flaminio á la corte de Prusias.



Templo de Diana Lafría en Mesene (restauración)

defender á Farnaces, rey de Ponto, contra Eumenes y Ariarato de Capadocia: Roma impuso la paz á los cuatro reyes. Egipto, bajo la tiranía de Epifanes y la minoridad de Filometor, se iba debilitando; Alejandría, por otra parte, parecía un mundo bastante vasto y bastante turbado para que pueblos y reyes no echaran una mirada al exterior. Cartago trabajaba en hacerse olvidar: Masinisa acababa de usurparle la tercera provincia, y ella no se atrevió más que á quejarse al senado y solicitar de él una vana promesa de garantía contra nuevas usurpaciones. En España, iba á cesar la guerra; en Italia, se había sometido casi toda la Cisalpina: solo la Macedonia permanecía en pié y fuerte.

Muy á menudo se hacía Filipo leer su tratado con los romanos para mantener vivo su resentimiento. Sus emisarios habían vuelto de orillas del Danubio, y según ellos, un pueblo numeroso, los bastarnes, aceptaban sus ofrecimientos. El rey prometía á estos bárbaros camino seguro por la Tracia adonde había llevado el terror de sus armas, les aseguraba viveres, haberes de guerra y tierras fértiles en el país de los dardanios. Una vez destruido este pueblo, esperaba poder empujar á los bastarnes sobre Italia, mientras él sublevaría la Grecia llamando á todos los reyes á la libertad.

(1) Rollin, según Plutarco (*Philopemen*, 1).

Aníbal había hecho preparar en su casa siete salidas secretas; mas cuando quiso huir estaban todas tomadas. «Libremos, dijo entonces, libremos á los romanos de sus terrores.» Y tomó una violenta ponzoña que siempre llevaba consigo (183). Así cayó el caudillo, á quien llama Montesquieu el *Coloso de la antigüedad*.

Fuera del mundo ya los dos ilustres ancianos, parecía que Roma no debía ya encontrar más que odios impotentes. En Siria, había perecido Antíoco apedreado por su pueblo, cuyos templos despojaba para pagar á Roma (187); y Seleuco su sucesor, pasó los once años de su reinado recogiendo el dinero del tributo. Un día quiso sacar la espada para

gándolo bajo mantas (182). Dícese que después reconoció Filipo la inocencia de su hijo y que el dolor hubo de conducirlo al sepulcro (179).

## II. — PERSEO

Los romanos quisieron deshonorar á Perseo, después de haberlo vencido. Sus historiadores usaron contra él el derecho de la guerra *Vae victis!* y los modernos hacen lo que ellos. Pero ¿no acusa Tito Livio de impericia al mismo Aníbal? Sin embargo, alaba en Perseo la pureza de costumbres, la majestad real de su persona y su habilidad en los ejercicios y trabajos de la paz y de la guerra. Acúsalo vagamente de la muerte de su esposa y le echa en cara el pa-



Farnaces I (1)



Filipo V de Macedonia (2)

ricidio de Demetrio. Pero, según su misma narración, Perseo debía creerse verdaderamente amenazado. Lo representa como un avaro con más amor á su tesoro que á su corona, y cuando las ciudades de Macedonia le ofrecieron espontáneamente subsidios, no quiso aceptarlos; cuando Cotis lo sirvió seis meses con dos mil auxiliares, le dió por su caballería cien talentos más de lo estipulado. Más adelante veremos si algo justifica su conducta con Gencio y los bastarnes.



Perseo (3)

Perseo supo granjearse el afecto y abnegación de sus súbditos: en el exterior levantó tanto la consideración de la Macedonia, que por espacio de diez años tuvo fijos en ella los ojos del mundo. En cuanto á los asesinatos que, se le imputan, ó faltan las pruebas, como para la historia de Ramio de Brindis, ó entran en aquella política de perfidias y crímenes que seguían siempre entonces á todos los reyes, incluso los de la misma Roma. Los que habían hecho matar á Filopémenes, á Aníbal y Braquilas, no eran jueces competentes para reprochar el asesinato de Eumenes. Se puso en duda hasta su valor; y la verdad es que Perseo se encontró en todos los campos de batalla, condujo todas las ex-

(1) Cabeza diademada de Farnaces I; de una tetradracma.  
(2) Cabeza de Filipo V de Macedonia, padre de Perseo. De una moneda. Mionnet, Sup., t. III.  
(3) Busto del Museo del Louvre (Clarac, núm. 187), pero muy diferente de la medalla. Este debe de dar una representación más fiel del personaje.

pediciones á Tracia, á Iliria, al Epiro, contra los dardanios y la Etolia. En Pidna, con estar herido desde la víspera, se arrojó sin coraza en medio de su falange rota para rehacerla. Perseo no era pues mejor ni peor que los principales personajes de su tiempo.

Filipo, según parece, había querido dejar su trono al sobrino de su tutor, Antígono, y Perseo se dió buena maña en quitar de en medio á un rival peligroso. Pero se guardó mucho de romper de frente con el senado romano: puso á sus pies su corona en cuanto la ciñó á sus sienes, ratificó el tratado concluído con su padre, y durante seis años, sólo pareció preocupado del cuidado de desviar de sí la atención de Roma.

Sin embargo sentía que había siempre suspendida sobre su cabeza una peligrosa amenaza y que las causas que habían traído la segunda guerra de Macedonia preparaban la tercera. La terminación de la obra comenzada en Grecia por Flaminio exigía la ruina del reino macedonio. Los senadores romanos no eran hombres de escrúpulos para examinar en conciencia si aquello era justo ó honrado á lo menos; bastaba que fuera útil y con este criterio inventaron el arte, practicado después con harta frecuencia, de hacer de su propia víctima el agresor.

Perseo no concibió nunca el temerario pensamiento de hacer el papel de Aníbal ni el de Antíoco; ni siquiera disponía de los recursos que su padre poseía al romper las primeras hostilidades contra Roma: por consiguiente no podía pensar racionalmente sino en organizar la defensa de sus Estados en el silencio y en las sombras; pero la preparó energicamente.

Filipo le dejó un tesoro bien provisto, y Perseo lo aumentó aún acumulando bastantes riquezas para mantener á sueldo por espacio de diez años diez mil mercenarios. No tenía flota, y como crearla hubiera sido una declaración de guerra, renunció á tenerla; pero arruinó todas sus ciudades marítimas que no estaban en aptitud de defenderse. En sus almacenes reunió con que equipar tres ejércitos y viveres para diez años. Para sus expediciones á Tracia, había aguerido Filipo su ejército y Perseo lo ejercitó derrotando á los dolopes, que querían ponerse bajo la protección de Roma, y pudo contar con cuarenta y cinco mil buenos soldados.



Seleuco IV (4)



Prusias II (5)

Finalmente, para reunir á su alrededor á todos los macedonios, abrió las prisiones, condonó las deudas al fisco y llamó á los desterrados, á quienes por edictos fijados públicamente en Delfos, en Delos y en el templo de Minerva Itonia, se les prometía seguridad personal y restitución de bienes.

Nunca pudo Filipo hacer olvidar su crueldad á los griegos; Perseo envió embajadores á todas las ciudades para solicitar el olvido de lo pasado y una sincera alianza. Gran-

(4) Cabeza diademada de Seleuco IV, Filopator. De una tetradracma.  
(5) Cabeza diademada de Prusias II. Tetradracma.



jeándose la amistad con beneficios, devolvió á los atenienses y á los aqueos los esclavos á quienes su padre había abierto asilo en su reino. La Tesalia era incapaz de gobernarse; Perseo se prevalió de sus disensiones, sostuvo á los pequeños contra los grandes, á los deudores contra sus acreedores, y guarniciones macedonias volvieron á la mayor parte de las ciudades de donde habían sido expulsadas por los romanos. No sino mal de su grado hubo de volverse el Epiro contra Filipo, y Perseo lo atrajo secretamente otra vez á su alianza. Los beocios habían rechazado la amistad de su padre, y aceptaron públicamente la suya por medio de un tratado que se fijó en Tebas, en Delos y en Delfos. Sin el consejo de algunos hábiles y prudentes personajes, la Acaya hiciera lo mismo, y á él se dirigían los etolios cuando su país estaba perturbado. Gencio, régulo de Iliria, á quien espantaban la vecindad y amenazas de los romanos, prometió socorros á cambio de algunos subsidios, y Cotis, rey de los tracios-odrisios, se obligó á compartir todos sus peligros. El rey de Siria, Seleuco IV, le dió por esposa á su hija, que le llevó á su reino una flota rodia; y Prusias su cuñado, sólo espera ocasión favorable para atacar en Asia á Eumenes, el protegido del senado.

Y el mismo rey de Pérgamo que no dejaba de encontrar bastante pesada á las veces la amistad de Roma (2), procuraba granjearse la de Antíoco IV. Mal recompensada de sus servicios y reconociendo la mano del senado en el alzamiento de los licios contra ella, Rodas se aproximaba á Perseo: hubo también en Samotracia, durante muchos días, secretas entrevistas con los diputados de las ciudades de Asia. En Cartago, recibió de noche el senado á sus embajadores en el templo de Esculapio. En fin, treinta mil bastarnes se acercaban y sólo la nueva de su marcha infundía verdadero espanto en Roma.

Así pues lo que no había hecho Aníbal, parecía dispuesto á hacerlo Perseo. Alentado por el odio universal que la ambición de Roma había suscitado, marchó más audazmente. Para mostrar á los griegos los estandartes macedónicos, que no habían visto en veinte años, penetró con un ejército hasta el templo de Apolo á pretexto de sacrificios. En Tracia y en Iliria tenía aliados el senado, y Perseo despojó al tracio Abrupolis y dió muerte al jefe ilirio Artetauros. Dos tebanos querían retener á la Beocia en la alianza de Roma y cayeron bajo el cuchillo de incógnitos asesinos. Alarmado Eumenes ante esta resurrección del poder macedonio, vino á denunciarlo á Roma, y reveló en el senado los preparativos de Perseo, sus intrigas para granjearse en todas partes el partido popular, con detrimento de los amigos de Roma, sus crímenes verdaderos ó supuestos. «Viendo, dijo, que dejáis el campo libre en Grecia y que nada ha cansado vuestra paciencia, tiene por cosa segura pasar á Italia sin encontrar en su camino un combatiente que se le oponga.»

Eumenes terminó su rencoroso discurso con la ordinaria invocación á los dioses: «A vosotros, romanos, os toca decidir lo que reclaman vuestra seguridad y vuestro honor.

(1) Cabeza de Antíoco IV, Epifanes. Tetradracma.

(2) Tito Livio dice de él y de Atalo: *Jam enim suspectos habebat Romanos*. Aseguró á Antíoco el trono, que quería usurpar Heliodoro, asesino de Seleuco. Solamente los progresos de Filipo y de Perseo en Tracia lo ligaron á la causa de Roma. Sin embargo, ofreció á Perseo venderle su neutralidad por 500 talentos y sus auxilios por 1,500.

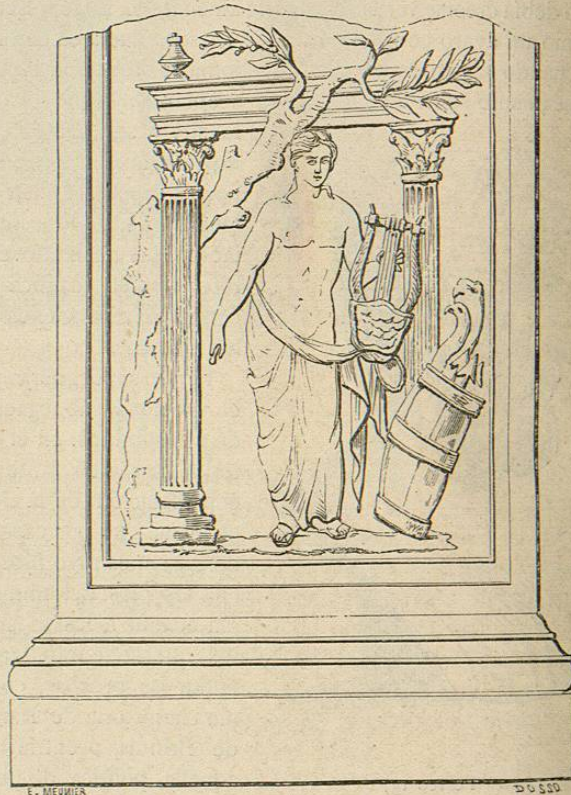


Antíoco IV (1)

En cuanto á mí, sólo me resta rogar á los dioses y diosas que os inspiren el deseo de defender nuestros intereses y los vuestros.»

Perseo había hecho seguir á Eumenes á Italia por sus propios embajadores: éstos pidieron la palabra para contestar y contestaron con altivez, casi con amenaza. «El rey, dijeron, siente mucho tener que justificarse; desea sinceramente que no se vea en sus palabras ni en sus actos nada hostil ni ofensivo á Roma; pero si hay empeño en buscar un pretexto de guerra, está resuelto á defenderse con todas sus fuerzas. Los favores de Marte son de todo el mundo, y es incierto el éxito de la guerra.»

Eumenes, colmado de presentes, entre los cuales estaban las insignias consulares, la silla curul y el bastón de marfil, regresó por la Grecia á sus Estados; y Perseo, seguro de que subiría á Delfos á ofrecer un sacrificio á Apolo, apostó asesinos á su paso. Para dar acceso á este famoso templo, los romanos hubieran construido una grande y amplia vía; los griegos no tuvieron este cuidado. Por encima de Cirra, se alzaba rápidamente el camino y en cierto paraje, cerca de una vieja construcción, se reducía á un sendero que un terremoto había estrechado más aún. Cuatro bandoleros se ocultaban detrás de las ruinas y allí esperaban al rey, que llegaba seguido de sus amigos y de sus guardias. A proporción que subían, se iba rezagando el séquito y cerca de las ruinas se encontró Eumenes solo con el jefe etolio Panta-



Altar de Apolo (3)

león. En este punto, los bandidos hicieron rodar grandes peñascos, con tal y tanto acierto que uno de ellos hirió al rey en la cabeza y otro en el hombro. Eumenes cayó desvanecido, y suponiéndolo muerto, huyeron todos en el primer momento, hasta los regicidas que no creyeron tener

(3) Bajo relieve de la villa Albani, publicado por P. Piranesi. El dios lleva en la mano su lira, y cerca de él se ve el *corymbos*, donde están sus flechas y arcos. En otro bajo relieve del Museo Pio Clementino se representa el corymbos á la espalda como un carcaj.

que detenerse para rematar su víctima. Sin perder tiempo trepan al monte Parnaso, y siguiendo uno de ellos con dificultad, lo matan para que no caiga en manos de los guardias, que habían reconocido su escaso número y ya iban siguiéndoles las huellas.

Entretanto el jefe etolio se había quedado con el rey, cubriéndolo con su cuerpo. Luego que volvieron los amigos y los guardias condujeron al rey, desmayado siempre, á su barco, de allí á Corinto y de Corinto á Egina, haciendo

pasar el barco por encima del istmo. Detuviéronse en la isla, guardando secreto sobre el acontecimiento. Los pergamenses que habían comprendido muy bien de dónde partía el golpe, se hallaban demasiado cerca de Macedonia para no ocultar los progresos del mal ó de la curación. La nueva de la muerte del rey cundió luego por Pérgamo, y ya su hermano Atalo reclamaba la mano de la reina y la corona.

El comisario romano Valerio se hallaba entonces en Gre-



Delfos y la doble cima del Parnaso

cia y vino á Roma á dar cuenta á los senadores de este nuevo atentado, trayendo consigo dos testigos contra el rey de Macedonia. Era el primero la huésped ordinaria de Perseo en Delfos, que por una carta de éste había puesto á disposición de sus enviados la casa en cuyas inmediaciones se consumara el crimen; y el segundo Ramio de Brindis, en cuya casa paraban los romanos de distinción que iban de Italia á Grecia y los diputados de las naciones extranjeras: Ramio declaró que invitado por Perseo para que fuera á verlo, había recibido de él magníficas promesas, á condición de envenenar á los romanos que el rey macedón le designara.

Perseo, muy mal tratado por Tito Livio, ha encontrado naturalmente apologistas extremados. No podemos concederle que el asesinato de Eumenes hubiera sido una invención de los romanos ó una vulgar especulación de oscuros bandidos. Suprimir el rey de Pérgamo era un golpe muy útil para Perseo, el cual tenía además en el hecho el placer de la venganza, dos motivos que entonces eran sufi-

cientos. Creemos pues prudente dejar á su cuenta la aventura de Delfos, salvo conceder que encontrado Ramio en Grecia de regreso de un viaje á Macedonia, imaginara una fábula que explicara su presencia en Pela, y sirviera los proyectos de Roma y sus cálculos de lucro; porque según los usos romanos, esta *delación* debía producirle mucho (1).

Las hostilidades debieron haber comenzado en 172; pero hubo de aplazarlas un incidente curioso para la historia constitutiva de Roma. El año precedente, el cónsul M. Popilio había atacado á los estatielos sin declaración de guerra, matando 10,000 de ellos y vendiendo otros 10,000. Como entonces los caudillos militares se lo creían permitido todo en sus respectivas provincias, convinieron los senadores en la oportunidad de dar una lección á uno de ellos: por otra parte, las circunstancias eran bastante graves para provocar así á los montañeses de la Liguria. En su

(1) Tito Livio, XLII, 15-17. Perseo hizo declarar en el senado que la acusación de Ramio era calumniosa.



consecuencia ordenaron á Popilio que devolviera á los estatielos que quedaban, la libertad y sus bienes. Era una afrenta para el cónsul, y los senadores no tenían derecho de infligírsela, porque si había sido cruel, á lo menos había obrado dentro de los límites de su competencia (*imperium*). A los tribunales tocaba exclusivamente juzgarlo, y esto, al resignar su cargo ante el pueblo, que podía castigarlo con una multa ó con el destierro. El senadoconsulto era una nueva invasión de los Padres Conscriptos en las facultades del poder consular. Popilio lo declaró así, reconviniendo á los senadores en una asamblea que vino á citar en el templo de Belona; condenó á una multa al pretor que había presentado la proposición; exigió la revocación del decreto, y en vez de vituperios, acciones de gracias á los dioses por su victoria (1).

El año pasó sin que se resolviera el conflicto, y los cónsules del año siguiente, uno de ellos hermano de Popilio, hubieron de insistir en el mismo empeño. El senado se irritó y cortó el conflicto decretando que para el año 172 fuera la provincia consular la pobre Liguria y no la rica Macedonia. Este retardo daba también el tiempo necesario para acabar los preparativos que se querían hacer formidables, y las negociaciones que debían aislar la Macedonia.

El mundo quedó pues, por un año todavía, en la ansiosa espera de una lucha que volvía á traer á cuestión lo que al parecer había decidido ya la victoria de Zama.

¿Debía tomar Perseo la ofensiva y esperando sublevar la Grecia, salir de sus montañas que parecían inexpugnables murallas? Sin duda la audacia habría hecho mucho al principio, sin contar el refuerzo de voluntarios que habrían aumentado su ejército; pero aquellos reyes y pueblos que hacían por él tantos votos secretos, no se habrían atrevido á darle ni un solo soldado. Antíoco olvidaba á su hermano, retenido en rehenes á orillas del Tíber, para disputar la Celsiria á Filopator, y enviaba á Roma una embajada con suntuosos presentes para los templos y humildes palabras para el senado. Masinisa, que acababa de usurpar á Cartago la cuarta provincia, compraba el silencio y tolerancia de Roma á costa de importantes auxilios; mas para no exponerse al peligro de encender una guerra en Africa en el momento de comenzar la de Macedonia, se prohibió al nómida apurar la paciencia de los cartagineses. Eumenes había arrastrado á Ariarato (2); Rodas no se atrevía á negar barcos al senado; Tolomeo se los ofrecía de suyo. Si Cotis, rey de los odrisios, estaba por Perseo, otros caudillos tracios estaban por Roma. Gencio, príncipe cruel y vicioso, quería hacer pagar á precio de oro una asistencia irrisoria; y los bastarnes pedían por cada hombre de á pie cinco monedas de oro, diez por cada jinete y mil por cada jefe.

Estas exigencias hubieron de inspirar al rey justa desconfianza, y dejó que se alejaran unos auxiliares, cuya fidelidad se compraba sin duda, como su valor, á peso de oro. Así en el momento de la lucha Perseo se encontraba solo.

A principios de 171, dió, en fin, el senado el decreto siguiente:

«Por la salud y la prosperidad de la república, los cónsules harán en la primera asamblea de los comicios centuriados, la proposición siguiente:

(1) Tito Livio, XLII, 7, 9.

(2) Tito Livio, XXXVIII, 39; XLII, 19. Ariarato de Capadocia envió de su motivo á su segundo hijo en rehenes. Nótese, como rasgo de las costumbres diplomáticas de la época, que el senado hizo al embajador un presente de 100,000 ases, le dió casa franca y pagó todos los gastos de su estancia en Roma. Era la obligación que resultaba del *hospitium publicum*; los embajadores de Roma hubieran sido tratados de la misma manera en Capadocia.

» Considerando que Perseo, al violar el tratado concluido con su padre y ratificado por él mismo, ha tomado las armas contra nuestros aliados, devastado sus territorios y ocupado sus ciudades; que ha reunido armas, soldados y barcos para hacer la guerra al pueblo romano, diga el pueblo si ha de declararse la guerra al rey de Macedonia, si no da cumplida satisfacción de sus agravios.»

La asamblea, según costumbre, aceptó sin discusión la proposición del senado. Luego al punto se reclutaron dos legiones cuyo efectivo era de cinco á seis mil hombres de á pie y trescientos de á caballo. El contingente de los aliados se fijó igualmente en diez y seis mil infantes y mil cuatrocientos jinetes; en total, con las dos legiones, veintiocho mil infantes y dos mil jinetes. La desproporción entre las dos armas era grande, pero había de llevarse la guerra á un país montañoso, donde no era necesaria una caballería numerosa. Gran número de auxiliares extranjeros, ligures, cretenses y nómidas, formaban un cuerpo de tropas ligeras, cuyo servicio podía ser muy útil. Masinisa envió también elefantes. Un senadoconsulto, ratificado por un plebiscito, decidió que para la guerra de Macedonia todos los tribunos legionarios serían de nombramiento exclusivo del cónsul.

El reclutamiento se hizo sin dificultad. Desde que se vio que los soldados volvían cargados de botín de las campañas de Grecia y Asia, las guerras de Oriente se habían hecho populares. Sólo una dificultad ocurrió: se querían dar á este ejército cuadros sólidos y se ordenó por un senadoconsulto que se llamara á los antiguos centuriones que no pasaran de cincuenta años. Muchos de estos oficiales, que no habían obtenido el grado ó categoría á que creían tener derecho (3), reclamaron ante los tribunos del pueblo, y habiendo llevado el asunto á una asamblea que el cónsul presidía, uno de ellos pidió permiso para hablar.

Vamos á resumir su discurso que muestra cuál era, hacía medio siglo, la vida de un plebeyo. En otro lugar indicaremos las conclusiones, que hay que deducir, respecto de la condición impuesta al pueblo por aquellas prolongadas guerras.

«Quirites, dijo, soy Espurio Ligustino, de la tribu Crustumina y originario del país de los sabinos. Mi padre me dejó una arpena de tierra y una cabaña, en la cual vivo. Cuando tuve la edad, me casé con una sobrina suya, que me trajo su castidad y una fecundidad que pudiera colmar los votos de la casa más rica; seis hijos y dos hijas. Embarcado para la guerra de Macedonia, serví dos años en clase de soldado, y Flaminio me nombró centurión de la décima compañía de astarios. Al mando de Catón, en España, ascendí á la primera centuria y en la guerra contra los etolios al mando de los príncipes de la misma. En mis veintidos campañas he sido cuatro veces *primipilaris*; se me han concedido treinta y cuatro recompensas por mi valor y seis coronas cívicas. En fin, tengo más de cincuenta años de edad y puedo dar cuatro soldados en mi lugar. Tengo algún derecho á obtener mi licencia; pero mientras se me considere útil para el servicio, no alegaré mi excusa legal. A los tribunos toca ver la clase que he de ocupar. Y vosotros, camaradas, que nunca habéis hecho nada contra la autoridad de los magistrados y del senado, poneos á disposición de los cónsules: todos los puestos son honoríficos cuando se defiende á la patria.»

(3) Entre los sesenta centuriones de una legión había una jerarquía que asignaba á cada uno su clase ó grado: los *primipilares*, por ejemplo, tenían una consideración mucho más honorable ó distinguida que los simples centuriones.

Estas patrióticas palabras, de cuya autenticidad no hay motivo para dudar, á lo menos en cuanto al fondo del discurso, hubieron de ser sin duda sugeridas por el cónsul: el medio fué eficaz; los centuriones retiraron su demanda y los generales tuvieron hombres expertos para conducir sus cohortes.

A los preparativos militares se añadieron las precauciones religiosas: uno de los cónsules recibió del senado la orden de hacer un nuevo tratado con el cielo, consagrando «á Júpiter óptimo y máximo, diez días de juegos, y ofrendas á todos los dioses, si la república permanecía diez años en el mismo estado de prosperidad.»

El senado no envió al principio allende el Adriático más que un pretor con cinco mil hombres; pero precedían al

ejército siete comisarios, que recorrieron la Grecia, donde su sola presencia bastó para destruir el efecto de seis años de prudencia y de concesiones; prueba evidente de la fragilidad del apoyo á que se quería que Perseo hubiera confiado su fortuna. En la Tesalia todas las ciudades no ocupadas por los macedonios dieron rehenes, que encerraron los romanos en Larisa. En la Etolia, donde sangrientas discordias quitaban al pueblo las pocas fuerzas que le quedaban, hicieron nombrar á un estratega de sus partidarios y deportaron á Italia á todos los que les designaron como enemigos de Roma; en Beocia rompieron la liga y atrajeron otra vez á su alianza á todas las ciudades; en el Peloponeso, algún tiempo indecisos los aqueos, prometieron al fin enviar mil hombres á Calcis para defenderla. La Acar-



Larisa (estado actual) (1)

ania, el Epiro mismo, mostraban una solicitud de buen augurio.

Desde lo alto de sus montañas, veía Perseo estas expediciones y manejos de los embajadores romanos y se dejaba arrebatar la Grecia sin arriesgar por ella un combate, como si no valiera ni el honor de una lucha. Pero en vez de obrar, negociaba, y después de haber provocado á su implacable enemigo, se detenía, perdiendo voluntariamente la única probabilidad que tuviera, no ya de triunfar, sino de caer con gloria, después de haber conmovido el mundo por algún tiempo acaso.

Mientras el pretor, con su pequeño ejército, tomaba posición en la Dasarecia, Perseo solicitaba una tregua, que Marcio, presidente de la diputación romana, le concedió sin demora, felicitándose de haberlo engañado con este aparato de negociaciones; tregua que no le hacía ganar nada y daba á los romanos tiempo para acabar sus preparativos. «Es astucia púnica, decían los senadores viejos. — No, por cierto, contestaban los jóvenes, sino política hábil.»

Digan lo que quieran ciertas leyendas que Tito Livio refiere, aquel pueblo no había sido nunca bastante caballe-

resco para que á Marcio debiera parecerle demasiado hábil. En Roma obraron como él: durante cinco meses, hicieron esperar una respuesta á los diputados del rey. Cuando, al fin, fueron admitidos ante el senado, en el templo de Belona, dijeron los diputados: «El rey Perseo pregunta con sorpresa por qué razón se mueven en son de guerra esos ejércitos enviados hacia su reino. Si el senado quiere llamarlos, el rey dará todas las satisfacciones que se le pidan.»

El senado contestó que el cónsul Licinio estaría muy luego en Macedonia con su ejército, y que á él debía dirigirse el rey, si tenía satisfacciones que ofrecer; que en cuanto á ellos, no tenían ya motivo para permanecer en Roma, y que debían salir para Italia en el término de once días. Al mismo tiempo se dió orden de expulsar á todos los macedonios establecidos en la península, dándoles treinta días de término.

Tras ellos, desembarcó el cónsul Licinio cerca de Apolonia, y atravesó sin obstáculo el Epiro, la Atamania y los desfiladeros de Gonfi. Perseo lo esperaba al pie del monte Ossa, á la entrada del valle de Tempe, único camino para pasar de la Tesalia á Macedonia. Esta larga y estrecha garganta, donde el Peneo se abfe con grande esfuerzo paso que le disputan las últimas rocas del Ossa y del Olimpo, era en la antigüedad el sitio más famoso por su salvaje y pintoresca grandeza. A los alrededores de este poético sitio, hubieron de encontrarse por la primera vez los soldados de Perseo y de Roma. La ventaja en este primer encuen-

(1) Barón de Stackelberg: *La Grecia, Vistas pintorescas*. Larisa está hoy diezmada por las fiebres emanadas de los pantanos que forman el Salambria; y á pesar de sus 30,000 habitantes, es una ciudad muerta ó á lo menos moribunda.